

Bajo la cama

David S. M.

BAJO LA CAMA



Capítulo 1

BAJO LA CAMA

-iRiicc!

Sonaba como si una uña, extraordinariamente afilada, estuviese rascando una pizarra. La pequeña humanidad física que conllevaban los cinco años y medio de Alfonso quedaron cubiertos con la sábana y la manta en su totalidad, por encima de la cabeza. Tembló una vez, pero se contuvo para no revelar su miedo a lo que hubiera producido aquel amenazador chirrido.

-iRIICC!

Otra vez, ahora más fuerte. Como si a la primera uña anterior se hubiese sumado otra más actuando en consonancia. Venía de debajo de la cama, y se escuchaba como un sonido monocorde ahuecado por el espacio angosto. Hacía retemblar el colchón, y se desbordaba ascendiendo por los lados, subiendo en el aire y reverberando en un tono sordo pero cada vez más agudo, entrecruzándose, buscando un resquicio por el que colarse bajo la ropa de la cama. Alfonso fue dolorosamente consciente de lo fino que era el colchón, de lo oscuro y siniestro que era el espacio que había bajo él, y de lo indefenso que se encontraba.

Algunas veces tenía pesadillas. Soñaba que necesitaba a sus padres, pero ellos no acudían y lo dejaban abandonado; soñaba con los animales salvajes que aparecían en alguno de los programas que veía en la televisión a escondidas. Y, en alguna ocasión, soñaba con monstruos sin forma definida, acechando agazapados en la oscuridad, justo en el límite de su campo de visión, para que él supiera que estaban ahí pero no pudiera verlos. Eso aumentaba su miedo. Incluso, algunos emitían sonidos. Es decir, el pequeño Alfonso siempre había creído que los sonidos se daban en sus pesadillas, pero ahora estaba despierto. De hecho, jamás había estado tan despierto como ahora. Y el sonido se repetía.

-iiRIICC!!

Sus padres acudían a la habitación cuando despertaba gritando de las pesadillas. Se sentaban a los lados de la cama y le hablaban con cariño. Al contrario que en los sueños, en la realidad siempre estaban con él, su

madre abrazándole y su padre revolviéndole el cabello.

-Hijo- le decían-, sólo son sueños. No son reales. Los monstruos no existen.

Se quedaban con él, normalmente hasta que Alfonso se dormía de nuevo con la tranquilidad de saber que sus padres estaban allí, que lo sabían todo y que no había nada que temer.

Sin embargo, por algún motivo que no podría haber definido aunque hubiese sido mayor de lo que era, esta noche él se había despertado de nuevo poco después de que sus padres abandonaran la habitación. La rendija de luz que daba un tenue resplandor bajo la puerta se apagó junto a la lámpara del pasillo, y la oscuridad regresó aplastante, ni tan siquiera paliada por la luz de las farolas allá fuera de la ventana, porque la persiana estaba bajada. La sensación era de un frío glacial.

Mis padres han dicho que los monstruos no existen- se dijo Alfonso para infundirse ánimo-, y ellos lo saben todo, así que tiene que ser verdad.

Pensó que si subía un poco la persiana entraría luz en la habitación, y todo perdería ese halo de irrealidad que provoca la oscuridad.

-iiiiIIICCC!!!

Como si supiera lo que pretendía hacer, el chirrido se oyó de nuevo, insistente. Alfonso estaba muerto de miedo, pero las palabras de sus padres le infundían coraje como un talismán. Destapó su cabeza y esperó, pensando que en cualquier momento algo saltaría hacia sus ojos. No pasó nada, y al cabo de unos momentos tiró de la sábana y dejó todo su cuerpo al descubierto. De nuevo, nada. Podía distinguir el contorno de su silueta con dificultad, pero se sentía más valiente, y por ello más animado. A su derecha, sólo a unos dos metros, estaba la ventana. Tan sólo había que saltar de la cama, dar un par de pasos, estirar el brazo y subir la persiana. Alfonso tensó su cuerpo y pensó ¡vamos allá!

Puso los dos pies en el suelo a la vez, y extendió los brazos en la oscuridad ante él para no perder el sentido del equilibrio. Se dispuso a dar el primero de los pasos hacia la ventana... y pudo hacerlo. Ya casi estaba. Su cerebro estaba transmitiendo la orden de avanzar a su otra pierna...

Y en el espacio alrededor de su tobillo, en el que un instante antes no había nada, apareció una garra peluda, que emitía una especie de luminosidad verdosa y tenue, de tres dedos alargados y con demasiadas articulaciones, terminadas en unas uñas largas que se curvaban sobre sí mismas y acababan en una punta afilada. Muchísimo pelo en forma de cerdas cortas y ásperas se perdían junto a un monstruoso brazo en la oscuridad bajo el armazón del lecho. Fue un movimiento de una celeridad

absoluta e inhumana. Alfonso no pudo gritar, estaba paralizado y su garganta se había convertido en lija al contacto de aquella extremidad atroz. Mientras era arrastrado de un tirón bajo la cama hacia la oscuridad pensó que, a veces, y digan lo que digan, sí que hay algo acechando en aquel mundo que existe oculto bajo la cama.